

Prólogo

EL 27 DE ABRIL DE 1982, menos de dos meses antes de morir de cáncer, John Cheever se presentó en el Carnegie Hall para aceptar la Medalla Nacional de Literatura. Mientras sus colegas lo aplaudían puestos de pie («Todos eran amigos de John», dijo Malcolm Cowley), Cheever se tambaleaba por el escenario con la ayuda de su mujer, Mary. Los meses de tratamiento contra el cáncer lo habían dejado calvo, encogido y en un estado de acusada fragilidad, pero su voz se mostró firme cuando tomó la palabra. En su diario, se había referido a esta situación como su «Éxodo», y se recordaba a sí mismo que la literatura era «la salvación de los condenados». Con toda seguridad, ésa era la moraleja de su propia existencia, así como la esencia de lo que dijo ese día en el Carnegie Hall. «Una página de buena prosa», declaró, «siempre será invencible». Como recordaba John Updike: «Todos los acólitos literarios allí reunidos se quedaron en silencio, asombrados ante una fe semejante».

Siete años antes –con su matrimonio en crisis y la mayoría de sus libros descatalogados–, Cheever había intentado beber hasta morirse. Daba clases en la Universidad de Boston, atormentado por los fantasmas de su espantosa infancia en la cercana Quincy: «Había zonas enteras de la ciudad por las que no podía ni acercarme», dijo posteriormente. «Era incapaz, por ejemplo, de ir al Symphony Hall porque mi madre estaría allí». En esa época, Updike vivía en el otro extremo de Back Bay, y cuando visitaba el apartamentito amueblado que Cheever había alquilado cerca de la universidad («menos vivido que la jaula de un pájaro»), veía que la primera y polvorienta página de *Falconer* seguía insertada en la máquina de escribir. Una noche, se presentó para llevar a Cheever al Symphony Hall y se quedó desconcertado cuando ese hombre mayor salió desnudo a su rellano del cuarto piso y la puerta se le cerró a la espalda. Afortunadamente, esa puerta carecía del meca-

nismo automático de cierre, y Updike adoptó el papel de hijo responsable aunque ligeramente exasperado: «La actitud de Cheever indicaba cierta resistencia a enfrentarse a su destino, pero no se me ocurrió qué más podía implicar, así que me concentré en convencerlo de que se vistiese». Aquel invierno, Cheever se dedicó a dar unos largos y titubeantes paseos a lo largo de la avenida Commonwealth en los que casi nunca llevaba abrigo, aunque hacía mucho frío (su padre le había dicho que los abrigos te hacen parecer irlandés). Un día acabó sentado junto a un vagabundo, ambos se arrimaron el uno al otro y compartieron una botella de vino peleón. Cuando un policía lo amenazó con detenerlo, Cheever le lanzó una mirada legañosa cargada de aristocrática indignación: «Me llamo John Cheever», farfulló, «y usted se ha vuelto loco».

Recuperó la conciencia en el Centro Smithers de Tratamiento del Alcoholismo de la calle 93 Este, en Manhattan, donde compartió durante veintiocho días una habitación y un baño con otros cuatro hombres. No recordaba haber salido de Boston. Y en cuanto al Centro Smithers, la verdad es que se trataba de un lugar deprimente: le contaron que un interno de su módulo se había arrojado recientemente por la ventana; la tomaron con él en la terapia de grupo por adoptar un acento de clase alta. «Muestra mucho orgullo y grandilocuencia», anotó uno de sus consejeros. «Lo niega o lo minimiza todo». El equipo médico se pasmaba especialmente ante la tendencia de Cheever a reírse en momentos «inadecuados»: se le escapaba la risita, por ejemplo, al recordar una ocasión en la que consiguió ofender a su familia. Por el contrario, hablando por teléfono con su hija, Cheever se ponía lacrimógeno y aseguraba que no podía aguantar ni un día más allí dentro. Al mismo tiempo, intuía que salir antes de lo previsto lo conduciría al suicidio... cuando él, curiosamente, quería vivir; quería terminar *Falconer*. «El triunfo de Cheever es el de un hombre en la sesentena», dijo Bernard Malamud con respecto a la milagrosa resurrección de su colega. «Lo estaba pasando fatal... pero se mantuvo en su sitio. Y a fuerza de voluntad y de la gracia que confiere la literatura, se salvó a sí mismo». Después de que su mujer lo sacara de Smithers el 7 de mayo de 1975, Cheever no volvió a tomar ni un trago.

Menos de dos años después, apareció en la portada de *Newsweek* sobre el titular «Una gran novela americana: *Falconer*, de John Cheever» (también había sido el tema de portada en *Time* en 1964, «Ovidio en Ossining»). Tras la lectura de *Falconer*, el autor del artículo proclamaba que «se siente esa confianza extática de acabar de leer una obra

maestra». Hubo abundantes llamadas a que a Cheever se le hiciera un sitio en la literatura mundial: «Mucho antes de que Donald Barthelme, John Barth y Thomas Pynchon empezaran a demoler las convenciones narrativas, Cheever ya había alterado sin ambages las formas habituales de la ficción. Como fue el caso con Faulkner en Francia, Cheever ha sido inesperadamente reconocido y honrado en Rusia por la crítica corrosiva de la civilización norteamericana implícita en su ficción». El hecho de que sólo uno de los libros de relatos de Cheever hubiera escapado a la descatalogación se describía como «un escándalo del mundo editorial norteamericano».

Esta situación se remedió al año siguiente, 1978, cuando *Relatos 1* y *Relatos 2* de John Cheever (*The stories of John Cheever*) se convirtió en una de las antologías de mayor éxito jamás publicadas por un escritor norteamericano. El libro se mantuvo durante seis meses en la lista de superventas del *New York Times* y ganó el Pulitzer, el Premio Nacional de la Crítica y el Premio al Libro Americano. Cheever (apabullado) fue presentado como «el Magistral Anciano de las Letras Norteamericanas» en una conferencia en Boston. Todo parecía indicar que la clase media aficionada a la lectura se identificaba en masa con la visión que Cheever tenía de la alienación en las afueras; su «crítica corrosiva» de esa cultura se veía mitigada, tal vez, por lo que el mismo autor definía irónicamente como su «tendencia infantil al asombro».

Cheever estaba decidido a usar lo mejor que pudiese su resurgida celebridad. Como observó Cowley, «los yanquis se distinguen por los escrúpulos, que también los atormentan». Cheever –yanqui atormentado y tremendamente escrupuloso– pagó viejas deudas con personas e instituciones que se habían portado bien con él en tiempos difíciles. Se integró en la junta de Yaddo y, como presidente del comité que concedía las becas de la Academia Americana, se leía, por lo menos, cien novelas nuevas al año. Casi nunca declinaba invitaciones a pronunciar conferencias, por humilde o remoto que fuese el lugar en que se celebraran, aunque en el pasado había despreciado tales obligaciones. «Era como un hombre que pone orden en sus asuntos antes de emprender un viaje», dijo Cowley.

Incluso parecía hacer las paces, por fin, con lo que él denominaba «la más subterránea característica de (su) persona»... el miedo a ser un impostor sexual (a la vez que social). «Aquí hay una especie de conflicto», escribió en 1963, aunque podría haberse tratado de cualquier

otro año; «un hombre que tiene instintos homosexuales, pero detesta profundamente a los homosexuales, que le parecen poco serios, carentes de sentido del humor y repugnantes». Eso era algo que, incluso en los mejores momentos, proyectaba una sombra sobre su felicidad, aunque a menudo intentaba catalogar sus alegrías con una especie de optimismo no muy convincente: una familia que lo quería, una hermosa casa, perros amigables, talento, fama y tal y tal. Pero la sombra seguía allí, ajena a la superficie de su existencia («Despierto de un sueño en el que estoy cometiendo una indecencia tan compulsiva como desagradable», escribió en su diario).

Falconer había sido una especie de catarsis –narraba la historia de un hombre que hace las paces consigo mismo, en parte gracias a un romance homosexual–, y poco después de terminar la novela, también Cheever pareció encontrar la paz. Mientras atendía al Programa de Escritura de la Universidad de Utah, en 1977, conoció a un joven que no mostraba ninguno de los atributos típicos de los «sexualmente anormales», según la terminología de Cheever: «Sus aires de seriedad y responsabilidad, las gafas que llevaba para la vista cansada y sus modales educados motivaron mi más profundo amor...». El joven se llamaba Max y, de un modo u otro, se mantuvo en la vida de Cheever hasta el final. Cheever se preguntaba a menudo si no estaría siendo socorrido por el fantasma de su querido hermano mayor, Fred, o por el de algún amigo perdido hacía tiempo; en cualquier caso, parecía más inclinado a aceptar su propia naturaleza, tal como era. «La vida es una improvisación», solía decir, sobre todo en sus últimos años.

Ciertamente, la vida había resultado ser mejor de lo que preveía cuando sólo era un solitario artista muerto de hambre en los tiempos de la Depresión, alguien que huía de una vida familiar «arruinada en todos los sentidos»: «Recuerdo despertarme en alguna habitación poco amueblada», escribió dos años antes de su muerte, «probablemente con resaca y, seguramente, con la polla tiesa y sin satisfacer». En esos momentos, solía consolarse con sueños de amor y éxitos futuros... y ahora, cincuenta años después, todo se había hecho realidad. «Y así fue cómo desperté... con una esposa y las voces de los pájaros, los perros y los niños, pero lo que no había previsto era el sonido de un arroyo. Por lo que me parece más caudaloso de lo que habría podido imaginar». Después venía una curiosa reflexión: «También podía, claro está, ser más aterrador».

CAPÍTULO UNO

(1637 – 1912)

«UNA FAMILIA CON MUCHOS ESQUELETOS EN EL ARMARIO», escribió en su diario Leander Wapshot. «Secretos oscuros, principalmente carnales». Incluso en el cénit de su éxito, Cheever nunca se desprendió completamente del temor a «acabar arruinado, solo, deshonrado, olvidado por (sus) hijos, un viejo que se acerca a la muerte sin compañía alguna». Ése era, presentía, el destino de su familia «maldita»; o, por lo menos, el de sus hombres, quienes a lo largo de tres generaciones (por lo menos) habían parecido estar «llamado a un destino beodo y trágico». Estaba su abuelo paterno, Aaron, del que se rumoreaba que se había suicidado en una habitación espartana de la calle Charles, en Boston, una desgracia demasiado horrible para comentarla. Una noche, de joven, Cheever estaba sentado junto al fuego, tomando un whisky con su padre, Frederick, mientras un vendaval del noreste azotaba las calles. «Intercambiábamos historias guarras», recordaba; «había una sensación de intimidad que me llevó a pensar que ése podía ser un buen momento para sacar el tema. *Padre, ¿me cuentas algo de tu padre? ¡No!* Y eso fue todo». Por aquel entonces, el padre de Cheever también había caído en la pobreza y el abandono, pues vivía solo en una vieja granja de la familia en la Costa Sur y su único amigo era «un simplón que vivía por allí cerca». En cuanto al hermano de Cheever, también se convertiría en un borracho pobretón, viviendo sus últimos días en una aldea para jubilados subvencionada en Scituate. No es de extrañar que Cheever, a veces, sintiera afinidad con los personajes de la obra de Ibsen, *Fantasmas*.

Pese a semejante ignominia, Cheever se enorgullecía de su rancio abolengo, y cuando no estaba estudiando el árbol genealógico, insistía en que sus hijos lo tuvieran bien presente. «Recuerda que eres un *Cheever*», le decía a su hijo menor cada vez que el muchacho daba muestras

de una inesperada fragilidad. Puede que hubiese una alusión implícita al primer Cheever de Norteamérica, Ezekiel, director de la Boston Latin School entre 1671 y 1708 y autor de *Accidence: A Short Introduction to the Latin Tongue*, texto de referencia en las escuelas americanas durante más de un siglo. Ezekiel Cheever, el más grande maestro de Nueva Inglaterra, era aún más reconocido por su piedad: «Su incansable repudio del Diablo», según dijo Cotton Mather en su epitafio. Un aspecto de lo piadoso que era consistía en su profunda repugnancia hacia las pelucas: era conocido por arrancárselas de la cabeza a la gente y arrojarlas por la ventana. «El bienestar de la comunidad es algo que Ezekiel Cheever siempre tuvo muy presente», dijo el juez Sewall, «y abominaba de las pelucas». A John Cheever le gustaba señalar que abominar de las pelucas «forma parte de la naturaleza de la literatura», y parece que le enseñaron a emular dicha virtud sobre las rodillas de su padre. «El viejo Zeke C.», le escribió Frederick a su hijo en 1943, «no se preocupaba por el color de las paredes, por el estado de las cañerías, por la luz eléctrica y cosas así. Pero fabricó hombres y mujeres duros que conocían las cuatro reglas y el temor de Dios». John rindió homenaje a su eminente antepasado bautizando con el nombre de Ezekiel a uno de sus perros labradores negros (un busto en bronce del perro en cuestión sigue instalado todavía hoy junto a la chimenea de los Cheever), así como al protagonista de *Falconer*. Sin embargo, cuando un viejo amigo mencionó haber visto una placa conmemorativa en la casa de Ezekiel en Charlestown, Cheever repuso: «¿Y a mí qué me cuentas? Yo no guardo la menor relación con Ezekiel Cheever, ni de manera colateral».

Cheever bautizó a su primogénito con el nombre de su bisabuelo, Benjamin Hale Cheever, «célebre capitán de barco» que partió del puerto de Newbury en dirección a Cantón y Calcuta en lucrativos viajes comerciales a China. A quienes visitaban la casa de Cheever en Ossining (en especial los periodistas) se les mostraba con frecuencia recuerdos marítimos como un juego de porcelana de Cantón y un abanico chino enmarcado, todo ello mientras el anfitrión comentaba de pasada que las botas de su bisabuelo estaban expuestas en el Peabody Essex Museum, llenas de auténtico té del famoso Boston Tea Party. De hecho, el propietario de las botas llenas de té que se exhiben en ese museo era Lot Cheever, de Danvers, que no era de la familia; en cuanto a Benjamin, tenía tres años cuando esa muestra concreta de té

fue arrojada por la borda del *Dartmouth* el 16 de diciembre de 1773. Asimismo, cabe albergar dudas acerca de que Benjamin Hale (Senior) fuese realmente capitán de barco: aunque aparece en los archivos de Newbury como «Señor» Cheever, no consta su presencia en ningún archivo marítimo; sí se menciona, sin embargo, a un «Sr. Benjamin Cheever» como profesor de un tal Henry Pettingell (nacido en 1793) en la Newbury North School, con lo que lo de «Señor» pudiera tratarse de una deferencia hacia su condición de maestro de escuela. A no ser que en esa época hubiese dos Benjamin Cheever en la zona de Newbury (ambos de aproximadamente la misma edad), lo más probable es que éste fuese el bisabuelo de John.

El desafortunado Aaron era el menor de los doce hijos de Benjamin Cheever, y la verdad es que fue él («se supone») quien trajo de Oriente ese abanico con estructura de marfil: «Lleva roto en la caja de costura desde que tengo uso de razón», escribió Cheever en 1966, cuando por fin se decidió a repararlo y enmarcarlo.

Mi reacción al abanico enmarcado es violentamente contradictoria. Pues sí, afirmo, mi abuelo lo trajo de China, y de esta manera auténtico mis rutilantes orígenes de Nueva Inglaterra. Pero al mismo tiempo, siento el impulso de golpear y destrozar ese recuerdo. Hay que ver el poder que ejercen sobre mi corazón un trozo de papel y un poco de marfil. Se trata de la ya familiar lucha entre mi deseo apasionado de ser honrado y mi no menos apasionado deseo de poseer un pasado tradicional. Parece que puedo disponer de ambas cosas, pero no sin que se produzca un conflicto.

Lo cierto es que cabe la posibilidad de que Aaron viajara a China y se hiciera con ese abanico –como apuntó su hijo Frederick, muchos jóvenes de la época se embarcaban por lo menos una vez «para curtirse»–, pero su futuro no estaba en el comercio con China, que fue eliminado por el embargo de Jefferson y la guerra de 1812. Para cuando Aaron llegó a la edad adulta, a mediados del siglo XIX, la economía de Nueva Inglaterra estaba dominada por la industria textil, y Aaron había trasladado a su familia a Lynn, Massachusetts, donde él trabajaba haciendo zapatos. Pero tampoco estaba llamado a prosperar en tan humilde cometido, y es muy probable que se hallara entre los veinte mil trabajadores del calzado que perdieron su empleo en la Gran Huelga de

1860. En cualquier caso, la familia regresó a Newbury unos años después y acabó zarpando hacia Boston a bordo del *Harold Currier*: «Que, según mi padre», dijo Cheever, «era el último barco que se construyó en los astilleros del puerto de Newbury, remolcado hasta Boston para los últimos arreglos. No creo que tuvieran el dinero necesario para llegar a Boston de otra manera».

Frederick Lincoln Cheever nació el 16 de enero de 1865, y fue el menor (a once años de distancia) de los dos hijos de Aaron y Sarah. Uno de los últimos recuerdos que Frederick tenía de su padre era el de «verlo jugar al dominó con un señor mayor» durante el Gran Incendio de Boston de 1872; ambos observaban las actividades de una turba de saqueadores mientras los comerciantes huían de sus tiendas. El pánico financiero de 1873 fue lo que vino a continuación, momento en el que Aaron –atormentado por la pobreza y vaya usted a saber qué otros quebrantos– decidió, aparentemente, que su familia estaría mejor sin él. («Madre, santísima anciana», escribe Leander Wapshot. «¡Dios la bendiga! Era incapaz de admitir la desdicha o el dolor... Me dijo que me sentara. *Tu padre nos ha abandonado*, me dijo. *Me ha dejado una nota. Y yo la he echado al fuego*»). Tras la partida de Aaron, todo parece indicar que su mujer dirigió una pensión para mantener a sus hijos, o eso sospechaba su nieto («Si ése era el caso, creo que a mí no me lo habrían contado»), aunque nada se sabía del destino de Aaron más allá de algunas insinuaciones. El caso es que el certificado de defunción señala que Aaron Waters Cheever falleció en 1882 a causa de «un delirium tremens inducido por el alcohol y el opio»; su última dirección era el 111 de la calle Chambers (en vez de Charles), situada en un miserable barrio de emigrantes que desapareció tiempo atrás debido a la renovación urbana.

Según una leyenda familiar, Sarah Cheever fue informada por la policía de la muerte de su marido y organizó el entierro en estoica soledad, sin decirle nada a su hijo Frederick hasta después de servirle la cena esa noche. Entre las escasas posesiones que encontró en su deprimente domicilio había un ejemplar de las obras teatrales de Shakespeare que atrajo la atención del joven John Cheever al cabo de unos cincuenta años, cuando éste también se moría de hambre en una pensión del Greenwich Village. Considerando que «la mayoría de los discursos sobre la ingratitud humana se quedaban cortos», Cheever escribió un incipiente relato titulado «Homage to Shakespeare» en el que especu-

laba sobre los motivos del derrumbe de su abuelo: «Las comedias (de Shakespeare) parecían esclarecer y distinguir su carácter y su pasado. Lo que podría haber sido definido como fracaso y hundimiento adoptaba un tono trágico y propio de la realeza». Como homenaje a una nobleza bondadosa, el abuelo del narrador (así descrito en el relato) elige «Coriolano» como segundo nombre para William, su hijo mayor, de la misma manera que Aaron había bautizado a su primogénito –el tío de John Cheever– como William Hamlet Cheever.

SI SE LE PREGUNTABA por qué llevaba un diario, Cheever decía que se trataba de una actividad típica de una «familia marinera»: «Los diarios, como acostumbra a suceder, siempre empiezan con el clima, los vientos reinantes y el crujido de las velas. También incluyen romances, tentaciones, maldiciones, libelo y, de vez en cuando, obscenidades». Estos últimos atributos, ciertamente, eran característicos del propio diario de Cheever, aunque no sabemos muy bien lo que eran capaces de redactar otros hombres de su familia; las pocas páginas que dejó su padre iban más en la línea de las anotaciones memorialísticas, en general benignas, y algunas de ellas fueron citadas de manera prácticamente literal en *Crónica de los Wapshot* (*The Wapshot Chronicle*) como la muy lacónica prosa de Leander Wapshot: «Aparece en el río un esturión. De un metro de largo. Cubierto por entero de protuberancias. Salta al aire de un impulso y vuelve de nuevo al agua».¹ Cuando Cheever vio por primera vez estas notas, las encontró «rancias, nada gramaticales y... vulgares», aunque posteriormente llegó a admirar el estilo como típico de una determinada mentalidad naval de Nueva Inglaterra, «dada a no destacar en lo más mínimo ningún acontecimiento».

Durante su ajetreada juventud, a Frederick lo enviaban a menudo a una panadería que su tío Thomas Butler poseía en el puerto de Newbury,

1. El pasaje paralelo en las notas de Frederick es como sigue: «Por el camino (del puerto de Newbury a Amesbury en coche de caballos) podías ver esturiones saltando en el río –medían metro o metro y pico–, cubiertos por completo de protuberancias». Podríamos añadir que, como sugiere Cheever, su padre era muy aplicado en sus observaciones sobre el tiempo: siempre las colocaba, por ejemplo, en la parte superior derecha de las cartas que le escribía a su hijo. Como en ésta del 10 de octubre de 1943: «Mañana fresca de unos veinte (grados) Fuerte viento del Este Noreste. Chaquetón de mucho abrigo, lumbré y cocina de aceite».

donde dormía en el desván con un cuervo domesticado y disfrutaba de la vista que le ofrecía su ventana: «Suntuosas puestas de sol tras las cotidianas lluvias tormentosas que descendían por el río desde las Montañas Blancas», rememoraba con un discreto lirismo que su hijo hacía bien en admirar. La vida en la panadería casi nunca resultaba aburrida, pues el tío Thomas era un buen amigo del abolicionista William Lloyd Garrison y la casa servía como estación para el Ferrocarril Subterráneo. John Cheever hablaba a menudo de cómo los cazurros favorables a la esclavitud habían arrastrado en cierta ocasión a su tío abuelo «desde el extremo de un carrito» por las calles del puerto de Newbury –aunque a Cheever siempre le pareció adecuado referirse a este pariente como «Ebenezer» (nombre que le gustaba por su solera yanqui)–, y a veces era el amigo de Ebenezer, *Willard*, quien era arrastrado o, ya puestos, apedreado. En cualquier caso, la historia solía terminar con un imperterrito «Ebenezer» negándose a fabricar galletas para los marineros del sindicato; ciertamente, como Frederick consignó en sus notas, «El tío Thomas dijo que las galletas no eran lo suficientemente buenas como para alimentar a los marineros estadounidenses. Otros se forraron con el asunto». John embelleció también de forma considerable esta parte del relato: «Un competidor llamado Pierce», dijo en una carta, «aceptó después el contrato (de las galletas) y fundó una dinastía» que acabó siendo Nabisco, nada menos, empresa que, para que quede constancia, fue fundada por Adolphus Green (y no Pierce) en 1898.

«Bill siempre se ha portado bien conmigo», escribió Frederick sobre su hermano, que era mucho mayor que él y que, aparentemente, llenó el vacío paterno, aunque solo durante un tiempo. Bill «lo ponía en su sitio» cuando Frederick se salía de madre, y le pagaba a un amigo –Johnny O’Toole, del hotel Massachusetts– para que le cortara el pelo a Frederick cada vez que fuese necesario. John Cheever siempre utilizó el más evocador segundo nombre de su tío, Hamlet, al referirse a esa figura más bien romántica: «Boxeador aficionado, favorito de los gimnasios, capitán del equipo de fútbol de los bomberos voluntarios»... Un ejemplo para los demás hombres, en suma, que, al igual que su equivalente en *Crónica de los Wapshot*, también partió al oeste siguiendo la Fiebre del Oro. «No hay ni un rey ni un príncipe de los mercaderes en este mundo al que yo envidie», le escribe Hamlet a su hermano Leander en la novela, «pues siempre he sabido que había nacido para ser un hijo del destino y que nunca admitiría... ganarme la vida con un

trabajo normal, detestable, bajo, degradante y mezquino». Para cuando el auténtico Hamlet llegó a California, sin embargo, el entusiasmo de 1849 había remitido considerablemente, por lo que acabó recalando en Omaha, donde murió «arruinado y olvidado»... aunque también puede ser que falleciera «en el mar» y fuese «entregado al océano de Panamá», dependiendo de a qué historia de su sobrino demos crédito. Cheever describía invariablemente a su tío como «un viejo desastroso y mal hablado» o como un «mono», pues sus encuentros ocasionales nunca fueron muy afortunados. «Tío Bill. Halifax, 1919», anotó el hermano mayor de John junto a la fotografía de un viejo de aspecto prosaico llevando a sus sobrinos en barca. «Bill Cheever vino de visita desde Omaha. Fue la única vez que lo vi. No era muy divertido». Un posterior encuentro con John resultaría aún menos divertido.

Con Hamlet buscando la fortuna a un continente de distancia, era necesario que el joven Frederick echara una mano para mantener a la familia. Desde que tenía alrededor de diez años, «no perdió ni un día» en la venta de periódicos antes y después de clase en la Phillips School, donde se graduó como líder de la clase el 27 de junio de 1879, momento en el que el alcalde de Boston le regaló un ramo de flores. En años posteriores, recordaba melancólicamente cómo se habían marchitado las flores antes de que pudiera llevárselas a su madre a casa, y así fue cómo terminó su educación formal. «Quería ir a Boston Latin», escribió, «pero tenía que trabajar». Como era muy aficionado a los libros (pasaba gran parte de su solitaria existencia leyéndole Shakespeare al gato), el tema lo reconcomía, por lo que insistió en llevar a sus hijos a buenos colegios privados mientras alardeaba –en plan Leander («Adjunto informe»)– de sus propios logros infantiles.

Durante los siguientes cincuenta años, Frederick Cheever se dedicó al negocio del calzado, teniendo siempre presente el destino de su pobre padre, cuya vida «se hizo insoportable por la falta de peculio»: «El ansia de dinero es la pasión más universal y duradera», escribió para su propia edificación, y puede que también para la de sus hijos. «El ansia sólo termina cuando acaba la vida. La fama, el amor, todo se olvidó hace tiempo». Aún en la adolescencia, Frederick ya trabajaba en una fábrica de Lynn por seis dólares a la semana (cinco de los cuales destinaba a alojamiento y comida), con la intención de aprender el oficio: una fotografía de la época muestra a un apuesto mozalbete con bigotillo cuya expresión denota una decidida ambición, aunque

el objetivo inicial se haya desvaído un tanto. «Parece un poeta hambriento de los de buhardilla, etc.». John Cheever encontraría un día, entre las cosas de su padre, un ejemplar del *Manual personal del mago*, sorprendente artefacto que llevaba a pensar en «un joven solitario que lee a Plutarco en su fría habitación y perfecciona sus trucos de magia para hacerse socialmente deseable y, tal vez, digno de amor». Mientras tanto, una vez cumplidos los veintiuno, Frederick empezó a pasar casi la mitad del año en la carretera, vendiendo zapatos («el supuesto escritor ha pisado 1001 estaciones ferroviarias... “haz negocio” o “haz la maleta”»), a menudo en compañía de extraños y guardando sus cosas de valor en los calcetines, que no se quitaba para dormir.

Aparte de la búsqueda de «pasta gansa», los primeros años adultos de Frederick tuvieron mucho de jolgorio. Gran aficionado al teatro («Nunca olvidaré interpretación tan potente», escribió acerca de Henry Montague en *Romeo y Julieta*), hacía papelitos en el teatro de la calle Hollis, en Boston, a cincuenta centavos la función, luciendo mallas y acarreando lanzas de guerra en grandes producciones shakespearianas o gastándoles bromas pesadas a los demás figurantes para entretenerse entre bastidores: «Le guindaba los calzones a un colega, dejaba plantado a alguien en el escenario, cosas de actores, ya se sabe». No sólo presenció la famosa interpretación de James O'Neill en *El conde de Montecristo*, sino que además aseguraba que O'Neill había sido un compañero de copas al que había emborrachado a conciencia en la vieja Adams House («un recuerdo al que doy crédito», comentó su hijo, «porque yo también puedo tumbar bebiendo a Yevtushenko»). Pero lo que más le gustaba de todo era la playa, pues siempre alardeaba de ser un hombre del mar: «En las playas se dan cita la alegría y el arrojo de la eterna juventud», se pone poético Leander. «Oíd el cuerno de Neptuno. Siempre reclamando nuestra presencia». Durante la mayor parte de su vida, Frederick tuvo un chinchorro en el que daba vueltas por el puerto de Boston –a ser posible, con compañía femenina– para relajarse tras unos pesados aunque lucrativos viajes de negocios. Así le iban las cosas a Frederick Cheever hasta que su feliz y alargada soltería llegó a su fin en 1901.

GRACIAS A LA FAMILIA DE SU MADRE, Cheever también vivió un romance que se tomó bastante en serio, pues se refirió a él en su diario: «La única fotografía que tengo de mi abuela la muestra cubierta por